

rios; pero si se ponen los ojos en la teoría racionalista, en donde todas las demas tienen su origen, se echa de ver que el racionalismo, entre todos los pecados el mas semejante al pecado original, es como él un error actual, y todos los errores en potencia; y por consiguiente, que con su anchísima unidad comprende y abarca todos los errores, á los cuales no obsta, para estar unidos en él, el ser entre sí contradictorios; como quiera que hasta las contradicciones son susceptibles de cierta manera de paz y de cierta manera de union, cuando hay una suprema contradiccion que las envuelve á todas. En el caso en cuestion el racionalismo es esa contradiccion que resuelve todas las otras contradicciones en su unidad suprema. En efecto, el racionalismo es á un tiempo mismo, deísmo, panteísmo, humanismo, maniqueísmo, fatalismo, escepticismo, ateísmo; y entre los racionalistas el mas racionalista y el mas consecuente de todos es aquel que es á un mismo tiempo deísta, panteísta, humanista, maniqueo, fatalista, escéptico y ateo.

Estas consideraciones que sirven para explicar los dos hechos de que hicimos mérito arriba, en apariencia contradictorios, explican tambien satisfactoriamente, por qué en vez de exponer uno por uno los varios sistemas acerca de la Divinidad, de los doctores socialistas, hemos preferido considerarlos todos en los escritos de M. Proudhon, en donde pueden verse á un tiempo mismo en su variedad y en su conjunto.

Visto lo que los socialistas piensan de la Divinidad, nos falta ver lo que piensan del hombre, y de qué manera resuelven el temeroso problema del mal y del bien, considerado en general, que es el asunto de este libro.

CAPÍTULO X.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO : CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

NINGUN hombre ha habido tan insensato que se haya atrevido á negar el bien ó el mal y su coexistencia en la historia. Los filósofos disputan sobre el modo y forma en que existen y coexisten; todos empero afirman á una voz su existencia y su coexistencia como una cosa averiguada; todos convienen igualmente en que en la contienda suscitada entre el bien y el mal, el primero ha de alcanzar sobre el segundo una victoria definitiva. Dejando estos puntos como inconcusos y asentados, en todo lo demas hay diversidad de pareceres, contradiccion de sistemas, y contiendas inacabables.

La escuela liberal tiene por cierto que no hay otro mal sino el que está en las instituciones políticas que hemos heredado de los tiempos, y que el supremo bien consiste en echar por el suelo

esas instituciones. Los mas de los socialistas tienen por averiguado que no hay otro mal sino el que está en la sociedad, y que el gran remedio está en el completo trastorno de las instituciones sociales. Todos convienen en que el mal nos viene de los tiempos pasados: los liberales afirman que el bien puede realizarse ya en los tiempos presentes, y los socialistas que la edad de oro no puede comenzar sino en los tiempos venideros.

Consistiendo, así para los unos como para los otros, el supremo bien en un trastorno supremo, que segun la escuela liberal debe realizarse en las regiones políticas, y segun las escuelas socialistas en las regiones sociales, las unas y las otras convienen en la bondad sustancial é intrínseca del hombre, que ha de ser el agente inteligente y libre de aquel y de este trastorno. Esta conclusion ha sido enunciada explícitamente por las escuelas socialistas, y va implícitamente envuelta en la teoría que sustentan las escuelas liberales. De tal manera procede aquella conclusion de esta teoría, que, siendo negada la conclusion, la teoría misma viene al suelo. En efecto: la teoría segun la cual el mal está en el hombre y procede del hombre, es contradictoria de aquella otra segun la cual el mal está en las instituciones sociales ó políticas, y procede de las instituciones políticas y sociales. Supuesta la primera, lo que procede en buena lógica es extirpar el mal en el hombre, con lo cual se conseguirá su extirpacion en la sociedad y en el gobierno necesariamente. Supuesta la segunda, lo que procede en buena lógica es extirpar el mal directamente en la sociedad ó en el gobierno, que es en donde está su centro y su origen. Por donde se ve que la teoría católica y las racionalistas son entre sí no solamente incompatibles sino tambien contradictorias. Por la teoría católica se condena todo trastorno, ya sea político ó social, como insensato é inútil. Las teorías racionalistas condenan toda reforma moral del hombre como inútil y como insensata. Y así la una como las otras son consecuentes en sus condenaciones; porque si el mal no está ni en el gobierno ni en la sociedad, ¿para qué y por qué el trastorno de la sociedad y del gobierno? y por el contrario, si el mal ni está en los individuos ni procede de los

individuos, ¿para qué y por qué la reforma interior del hombre?

Las escuelas socialistas no ven inconveniente ninguno en aceptar la cuestion planteada de esta manera; la escuela liberal, por el contrario, ve en su aceptacion gravísimos inconvenientes, y no sin graves motivos. Aceptada la cuestion tal como viene por sí misma planteada, la escuela liberal se ve en el duro trance de negar con una negacion radical la teoría católica, considerada en sí misma y en todas sus consecuencias; y á esto es á lo que la escuela liberal se niega resueltamente. Amiga de todos los principios y de todos sus contraprincipios, no quiere desasirse ni de los unos ni de los otros, ocupada perpétuamente en obligar á hacer paces entre sí á todas las teorías contradictorias y á todas las contradicciones humanas. Las reformas morales no le parecen mal, aunque los trastornos políticos le parecen excelentes, sin advertir que son estas cosas incompatibles; como quiera que el hombre purificado interiormente no puede ser agente de trastornos, y que los agentes de trastornos, en el hecho mismo de serlo, declaran que no están interiormente purificados. En esta ocasion, como en todas las otras, el equilibrio entre el Catolicismo y el socialismo es de todo punto imposible; porque, una de dos, ó el hombre no se ha de purificar, ó no se han de realizar los trastornos. Si el hombre impurificado toma el oficio de trastornador, los trastornos políticos no son sino el preludio de los trastornos sociales; y si el hombre deja el oficio de trastornador del gobierno, para tomar el de reformador de sí propio, ni son posibles los trastornos sociales ni los trastornos políticos. Así en el uno como en el otro caso, la escuela liberal ha de abdicar forzosamente en las manos de las escuelas socialistas ó en las de la escuela católica.

Síguese de aquí que las escuelas socialistas tienen por suya la lógica y la razon, cuando sostienen, contra la escuela liberal, que si el mal está esencialmente en la sociedad ó en el gobierno, no hay que hacer otra cosa sino trastornar el gobierno ó la sociedad; sin que sea cosa ni necesaria ni conveniente, sino al revés, perniciosa y absurda acometer la empresa de la reforma del hombre.

Supuesta la bondad ingénita y absoluta del hombre, el hombre es á un mismo tiempo reformador universal é irreformable, con lo cual viene á ser transformado de hombre en Dios: su esencia deja de ser humana para ser divina. Él es en sí absolutamente bueno, y produce fuera de sí, por sus trastornos, el bien absoluto. Bien sumo y causa de todo bien, es excelentísimo, sapientísimo y potentísimo. La adoracion es una necesidad tan imperiosa, que los socialistas, siendo ateos y no pudiendo adorar á Dios, hacen á los hombres dioses para adorar alguna cosa de alguna manera.

Siendo estas las ideas dominantes de las escuelas socialistas acerca del hombre, es cosa clara que el socialismo niega su naturaleza antitética como una pura invencion de la escuela católica. Por eso el sansimonianismo y el fourrierismo no admiten que el hombre esté de tal manera constituido, que por un lado vaya su entendimiento y por otro su voluntad; ni conceden que haya contradiccion de ninguna especie entre su espíritu y su carne. El fin supremo del sansimonianismo es demostrar prácticamente la conciliacion y la unidad de esas dos poderosas energías; esta suprema conciliacion estaba simbolizada en el sacerdote sansimoniano, cuyo oficio era satisfacer el espíritu por medio de la carne y la carne por medio del espíritu. El principio comun á todos los socialistas, que consiste en dar á la sociedad mal construida una construccion análoga á la del hombre, que está construido de una manera excelente, condujo á los sansimonianos á negar toda especie de dualismo político, científico y social; cuya negacion era necesaria, supuesta la negacion de la naturaleza antitética del hombre. Proclamada la pacificacion entre el espíritu y la carne, procedia proclamar la pacificacion universal y la reconciliacion de todas las cosas; y como las cosas no se pacifican ni se concilian sino en la unidad, la unidad universal era una consecuencia lógica de la unidad humana; y de aquí el panteismo político, el social y el religioso, los cuales consituyen el despotismo ideal á que aspiran con una inmensa aspiracion todas las escuelas socialistas. El padre comun de la escuela de San Simon y el omniarca de la escuela

Fourrier, son sus personificaciones augustas y gloriosas.

Volviendo á la naturaleza del hombre, que es nuestro objeto especial por lo de ahora, supuesta por un lado su unidad, y por otro su bondad absoluta, procedia proclamar al hombre santo y divino; santo y divino no solo en su unidad, sino tambien en todos y en cada uno de los elementos que la constituyen; y de aquí la proclamacion de la santidad y de la divinidad de las pasiones. Por esta razon, todas las escuelas socialistas, unas implícita y otras explícitamente, proclaman las pasiones divinas y santas; supuesta la santidad y la divinidad de las pasiones, procedia la condenacion explícita de todo sistema represivo y penal, y sobre todo la condenacion de la virtud, cuyo oficio es atajarlas el paso, impedir su explosion y reprimir sus ímpetus. Y en efecto, todas estas cosas, que son á un mismo tiempo consecuencia de los principios anteriores, y principios de consecuencias mas remotas, están enseñadas y proclamadas con un cinismo mayor ó menor en todas las escuelas socialistas, entre las que resplandecen la sansimoniana y la fourrierista, aventajándose á las demas como si fueran dos soles en un cielo estrellado. Eso es lo que significa la rehabilitacion sansimoniana de la mujer y su pacificacion de la carne. Eso es lo que significa la teoría de Fourrier acerca de las atracciones. Fourrier dice: «El deber procede del hombre (entiéndase de la sociedad) y la atraccion de Dios.» Madame de Coeslin, citada por Mr. Louis de Raybaud, en sus *Estudios sobre los reformistas contemporáneos*, ha expresado este mismo pensamiento con mayor exactitud, diciendo: «Las pasiones son de institucion divina, las virtudes de institucion humana;» lo cual quiere decir, supuestos los principios de la escuela, que las virtudes son perniciosas y las pasiones saludables. Por esta razon, el fin supremo del socialismo es crear una nueva atmósfera social, en que las pasiones se muevan libremente, comenzando por destruir las instituciones políticas, religiosas y sociales que las oprimen. La edad de oro, anunciada por los poetas y aguardada de las gentes, comenzará en el mundo cuando tenga principio ese gran suceso, y cuando despunte en los horizontes esa magnífica aurora. La tierra enton-

ces será un paraíso; y ese paraíso, con puertas á todos los vientos, no será, como el católico, una prision guardada por un ángel. El mal habrá desaparecido de la tierra, que ha sido hasta ahora, pero que no está condenada á ser perpétuamente un valle de lágrimas.

Estas cosas piensa el socialismo del bien y del mal, de Dios y del hombre. Mis lectores no exigirán de mí ciertamente que siga paso á paso á las escuelas socialistas por el camino escabroso de sus extravagancias perturbadoras. Lo exigirán mucho menos al considerar que ya quedaron virtualmente impugnadas desde el momento en que expuse á su vista la majestad de la doctrina católica relativa á estas grandes cuestiones, en su sencilla y augusta magnificencia. Esto no obstante, me creo en el imprescindible y santo deber de derribar por el suelo ese edificio del error, con lo que basta y sobra para derribarle: con un solo argumento y con una sola palabra.

La sociedad puede ser considerada bajo dos puntos de vista diferentes: el católico y el panteísta. Considerada bajo el punto de vista católico, no es otra cosa sino la reunion de una multitud de hombres que viven todos bajo la obediencia y el amparo de unas mismas leyes y de unas mismas instituciones. Considerada bajo el punto de vista panteísta, es un organismo que existe con una existencia individual, concreta y necesaria. En la primera suposición, es claro que no existiendo la sociedad independientemente de los individuos que la constituyen, nada puede estar en la sociedad que no esté antes en los individuos; de donde se sigue, por consecuencia forzosa, que el mal y el bien que hay en ella, la viene del hombre. Considerada bajo este punto de vista, es cosa absurda el intento de extirpar el mal en la sociedad, en donde existe por incidencia, y el propósito de no tocar á los individuos, en los que está originaria y esencialmente. En la segunda suposición, según la cual la sociedad es un sér que existe por sí con una existencia concreta, individual y necesaria, los que esto afirman están obligados á resolver de una manera satisfactoria las mismas cuestiones que con respecto al hombre los racionalistas proponen á los

católicos, conviene á saber: si la sociedad es mala esencial ó accidentalmente; si lo primero, cómo se explica el mal esencial; si lo segundo, cómo, de qué manera, en cuáles circunstancias y con cuál ocasion ha venido á turbarse la armonía social con esa incidencia perturbadora. Ya hemos visto cómo los católicos desatan todos estos nudos, de qué manera se adelantan á resolver todas estas dificultades, y en qué forma responden á todas estas preguntas en lo relativo á la existencia del mal, considerado como una consecuencia de la prevaricación humana. Lo que no hemos visto hasta aquí, y lo que no veremos jamás, es el modo y la fuerza con que el racionalismo socialista resuelve esas mismas cuestiones en lo relativo á la existencia del mal, considerado como existiendo únicamente en las instituciones sociales.

Esta sola consideración me autorizaría para afirmar que la teoría socialista es una teoría de charlatanes, y que el socialismo no es otra cosa sino la razón social de una compañía de histriones. Para ser tan sobrio como me he propuesto, pondré término á esta argumentación, encerrando al socialismo en este dilema: O el mal que está en la sociedad es una esencia ó un accidente: si es una esencia, para extirparle no basta trastornar las instituciones sociales; es necesario además destruir la sociedad misma, que es la esencia que sostiene todas sus formas. Si el mal social es accidental, entonces estais obligados á hacer lo que no habeis hecho, lo que no haceis, lo que no podeis hacer; estais obligados á explicarme en qué tiempo, por cuál causa, de qué manera y en cuál forma ha sobrevenido ese accidente; y luego por cuál serie de deducciones venis á convertir al hombre en redentor de la sociedad, dándole la potestad de limpiar sus manchas y de lavar sus pecados. Con este motivo convendrá advertir aquí á los incautos, que el racionalismo, que ataca con furor todos los misterios católicos, proclama después, de otra manera y á otro propósito, esos mismos misterios. El Catolicismo afirma dos cosas: el mal y la redención; el socialismo racionalista comprende en el símbolo de su fé las mismas afirmaciones. Entre socialistas y católicos no hay mas que esta diferencia: los segundos afirman el mal del hombre, y la redención por

Dios; los primeros afirman el mal de la sociedad, y la redencion por el hombre. El católico con sus dos afirmaciones no hace otra cosa sino afirmar dos cosas sencillas y naturales: que el hombre es hombre y ejecuta obras humanas, que Dios es Dios y acomete empresas divinas. El socialismo con sus dos afirmaciones no hace otra cosa sino afirmar que el hombre acomete y lleva á cabo empresas de un Dios, y que la sociedad ejecuta las obras propias del hombre. ¿Qué va ganando la razon humana con dejar el Catolicismo por el socialismo, sino dejar lo que es á un mismo tiempo evidente y misterioso, por lo que es á un tiempo mismo misterioso y absurdo?

Nuestra impugnacion de las teorías socialistas no sería completa si no acudiéramos al arsenal de Mr. Proudhon, lleno unas veces de razon y otras de elocuencia y de sarcasmo, cuando combate y pulveriza á sus compañeros de armas.

Véase aquí lo que Mr. Proudhon piensa de la naturaleza armónica del hombre proclamada por San Simon y por Fourier, y de la futura trasformacion de la tierra en un jardin deleitoso, anunciada por todos los socialistas: «Pero el hombre, considerado en el conjunto de sus manifestaciones, y cuando todas sus antinomias parecen apuradas, presenta todavía una que no refiriéndose á nada de lo que existe en la tierra, queda aquí abajo sin solucion de ninguna especie. Esto sirve para explicar por qué causa, por perfecto que sea el orden en la sociedad, no lo es nunca tanto que destierre de todo punto la amargura y el tedio. La felicidad en este mundo es un ideal que estamos condenados á seguir siempre, y que el antagonismo invencible de la naturaleza y del espíritu pone perpetuamente fuera de nuestro alcance.» (*Système des contradictions*, c. 10.) Poned ahora la atencion en el siguiente sarcasmo contra la bondad nativa del hombre: «El obstáculo mayor que la igualdad tiene que vencer, no está en el orgullo aristocrático del rico, sino en el egoismo indispensable del pobre; y á pesar de eso ¿os atreveis todavía á contar con su bondad ingénita, para reformar á un tiempo mismo la espontaneidad y la premeditacion de su malicia?» (*Système des contradictions*, c. 8.) El sarcasmo crece de punto en las palabras siguientes, tomadas de la misma obra y del

» mismo capítulo: «La lógica del socialismo es verdaderamente maravillosa: el hombre es bueno, nos dicen, pero es necesario desinteresarle del mal, para que se abstenga de él; el hombre es bueno, repiten, pero es necesario interesarle en el bien para que le ponga en práctica; porque si el interés de sus pasiones le lleva al mal, hará el mal; y si está desinteresado del bien, no le ejecutará. En este caso la sociedad no tendrá derecho para echarle en cara que escuchó sus pasiones, porque ella es la que está en obligacion de conducirle por medio de sus pasiones. ¡Qué naturaleza tan excelente y tan maravillosamente enriquecida con dones la de Neron! ¡Qué alma de artista la de aquel Heliogábalo que organizó la prostitucion! Y en cuanto á Tiberio, ¡qué carácter el suyo tan poderoso y tan grande! Y al revés, ¿dónde hay palabras para encarecer bastante á la sociedad que produjo aquellas almas divinas, y que dió el sér, sin embargo, á Tácito y Marco Aurelio? ¡Y eso es á lo que nuestros socialistas llaman bondad ingénita del hombre y santidad de sus pasiones! Una Safo, llena de arrugas y abandonada de sus amantes, pone la cerviz al yugo del matrimonio; desinteresada del amor, se resigna al himeneo. ¡Y á esa mujer la llaman santa! ¡Lástima grande que esta palabra no tenga en francés el doble sentido que tiene en la lengua hebrea! Todo el mundo entonces estaria de acuerdo acerca de la santidad de Safo.» El sarcasmo reviste aquella forma elocuentemente brutal, que pudiera llamarse la forma proudhoniana, en el capítulo 12 de la misma obra, en donde Mr. Proudhon se explica de esta manera: «Pasemos de corrida al lado de esas constituciones sansimonianas y fourrieristas, y de todas las otras de la misma laya, cuyos autores van prometiendo á voces por las plazas y las calles unir con dichosa lazada el amor libre con el pudor y la delicadeza y la espiritualidad mas pura; triste ilusion de un socialismo abyecto, último sueño de la crápula en delirio. Dad vuelo á la pasion por medio de la inconstancia, y luego al punto la carne tiranizará al espíritu; los amantes no serán entre sí sino viles instrumentos de placer; á la fusion de los corazones sucederá el prurito de los sentidos, y..... para formarse un juicio sobre tales cosas: